

EVOCACIONES POETICAS

Desde su llegada a Toledo comencé a tratar al genial escultor y de sus labios escuché en Roca Tarpeya anécdotas de su vida artística por distintas partes del mundo. Me habló con especial cariño del Cristo de los Corrales de Buelna.

En solicitud elevada, con fecha 27 de septiembre de 1918, al obispo de Santander, doña Soledad de la Colina y de la Mora proponía como testimonio de afecto al pueblo de Los Corrales de Buelna edificar en él una nueva iglesia parroquial y fundar un Asilo para ancianos desamparados.

Par presidir una de las naves del nuevo templo pensó aquella señora en una imagen de Cristo Crucificado que fuera, a la vez que fervorosa, de alto valor artístico. Estaba por entonces Victorio Macho en plena carrera de aciertos por lo que recibió el encargo de esculpir tal imagen.

Me contó don Victorio que para concentrar su espíritu se retiró a la soledad de una majada de pastores, no lejos de Paredes de Nava, la patria chica de Berruguete. Obsesionado por la anatomía de Cristo más de una vez colgó de una tosca cruz de madera a los pastores del contorno; una vez uno de ellos, al ser desprendido de la cruz cayó desmayado al suelo.

A mediados de diciembre de 1926 el Cristo de bronce estaba terminado y lo expuso en su propio estudio del Paseo de Rosales. El rey don Alfonso XIII fue uno de los primeros que acudió a verle. Al día siguiente pasó por el estudio del escultor la infanta doña Isabel que hizo grandes elogios de la escultura, aunque la sorprendió que faltase en la parte superior el tramo corto donde se coloca el INRI.

Fue a ver también la imagen el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Tedeschini, y se acordó solicitar un informe de don Elías Tormo que contestó que esa cruz era auténticamente ortodoxa y que así había pintado a sus Cristo Fray Angélico.

Cesaron las vacilaciones y se pasó también por que el Cristo apareciera sin corona de espinas, novedad de la Baja Edad Media, según don Elías Tormo, y sin llaga en el costado por representar la imagen del Salvador, aunque muerto, momento antes de la lanzada.

Después, el Ateneo santanderino obtuvo de la condesa de For-

jas de Buelna que la imagen fuera expuesta en Santander y allí desde el 23 de enero de 1927 hasta el domingo día 30 recibió la admiración de los santanderinos. Me decía don Victorio que aquella fue su primera victoria sobre el bronce inerte.

Me habló luego de la estatua de su hermano Marcelo y le pedí que le dedicase un artículo en la revista "Ayer y Hoy" que publicaba la asociación de ESTILO, en la que se inscribió tan pronto como llegó a Toledo. En el número extraordinario correspondiente a noviembre-diciembre (núm. 50) de 1955 se publicó el grandioso comentario. Citaré alguno de sus párrafos: "Hace treinta y dos años que le ví así; fue el primer familiar que me arrebató la muerte, y ninguno de ellos me queda ya, que todos le siguieron como sombras a través del misterioso umbral. La fantasía popular ha dado en llamarle "El Hermano Marcelo" por creerle monje, adivinando que ese ser es un santo. Dios me dió fuerzas para plasmar la figura y los rasgos del hermano muerto, sepultado desde hacía un año, pero nunca se separaba de mi aquella figura alucinante. Me oculté en mi taller, donde no entraron familiares ni discípulos hasta que abrí las puertas y se produjo la escena inenarrable de encontrarse la madre frente al hijo yacente, caer arrodillado el padre y quedarse todos suspensos ante aquella escultura modelada con tierra de Castilla. Después, cuando la reproduje definitivamente en la piedra y en el mármol sentí un descanso bienhechor en mi alma".

Así escribía Victorio Macho. Tenía un estilo para narrar los acontecimientos muy semejante a la grandeza de sus recursos de escultor.

Y luego me contó su vida artística en tierras de América. Me llevó hasta allí, me decía, el drama de España y fui a los brazos de otra madre, a la formidable aventura de la madre América. Jamás olvidaré la sobrecogedora grandiosidad de las cumbres andinas. El vapor "Santa Lucía" me llevó hasta el Perú. El Gobernador de aquel inolvidable país me proporcionó en Lima amplios locales donde trabajé durante doce años. Vivía con mi madre y con mi hermana Josefina en un hotel frente al mar Pacífico. Cuando perdí a las dos me casé con Zoilita Barrós Conti, esta deliciosa criatura que está ahora a nuestro lado.

No quiero prolongar más sus relatos y nos situaremos ya en su regreso a España. Pensó inmediatamente en venirse a Toledo. Se instaló en "Roca Tarpeya". Aquí realizó el sepulcro monumental de Menéndez Pelayo para la catedral de Santander, el busto de

Gregorio Marañón, el de Ramón Menéndez Pidal, etc.

El Ayuntamiento de Toledo, presidido por don José Conde Alonso, le nombró Hijo Adoptivo de la ciudad. El salón alto se llenó de intelectuales y su discurso exaltando los valores espirituales de nuestra ciudad nos emocionó a todos.

Voy a terminar recordando una visita que le hicimos en una fiesta de la Poesía los poetas de Madrid que se unieron a ESTILO para poner flores en la tumba de Garcilaso. La gran poetisa de Cuenca, Acacia Uceta, le dedicó esta preciosa poesía:

“Quién tuviera la limpia pureza de la estatua,
esa entraña de piedra que nada profanó.
Las manos sin caricias, sin tacto ni deseos,
abiertas en el aire igual que una canción.
Nacer perfecta y pura bajo el cincel del genio
que atónito se inclina ante su creación.
Y al cabo de los años, cuando el azar lo quiera
romperse en mil pedazos, aún plena de esplendor,
y seguir siendo piedra a través de los siglos. . .
¡piedra tan limpia y nueva como cuando nació!

Victorio Macho escuchó emocionado y contestó que él quería convertir a la piedra en ser que vive y sufre y que revela los secretos del alma.

Y quiero dedicar ante todo mis palabras más afectuosas a Zoila Barrós que preside este homenaje, a los condes de Mayalde y a la duquesa de Andría, aquí presentes, testigos todos de la vida de aquel genio de la escultura que se llamó Victorio Macho.

CLEMENTE PALENCIA
Numerario.